

Para qué sirve una sociología del amor (y para qué no sirve)



Por Viviam Unás¹

Estudiar el amor desde la disciplina sociológica sirve para muchas cosas. Alguien que conozco sugirió que sirve no tanto para evitar que te dejen como sí para entender por qué te dejaron. Creo firmemente en ello. Creo también que para nuestro grupo de investigación sociologizar el amor ha supuesto una batalla feroz contra el sentido común. Es esto esperable considerando que sobre el amor, ese desenfrenado, todos y todas parecemos tener algo que decir y algo que defender. Y es que el amor, como experiencia vital intensa, se hace tanto de emociones como de discursos e ideologías. Sentimos amor pero también lo pensamos, lo hacemos, lo ponemos en práctica. Hablamos del amor como un sentimiento pero si estamos atentos al modo en que se nos presenta en la vida cotidiana encontramos que es mucho más que eso: el amor es también un lugar, un escenario en el que converge nuestra intimidad con las instituciones sociales, una forma de relación social en la que se con-funden transacciones de poder con actos de emancipación, tentativas de reinención social con continuidades, inercias, faltas a la imaginación.

.....
1. Comunicadora de nacimiento y socióloga tardía. Simpatizante feminista. Políticamente incorrecta. Participante del grupo de estudios de género de la Universidad Icesi. Separada, soltera, arrojada, casada. Estudia el tema de relaciones amorosas para entender sociológicamente el amor aunque, de fondo, lo hace para juntar historias eróticas con las que aspira a, algún día, escribir un libro de cuentos que la haga famosa.

En este sentido, estudiar el amor sirve para comprender cómo la historia se instala en el presente, pero también para apreciar la dinámica del cambio, el modo en que la sociedad reniega de su propio pasado y se atreve a renovar el futuro. Basta echar una mirada sobre el matrimonio heterosexual para comprobarlo. La historia nos sugiere que sólo hasta el siglo XVIII la sociedad asistió a los primeros matrimonios voluntarios, fundados en la ilusión amorosa. Era este casarse por amor un hecho novedoso en la historia de Occidente. No en vano, un manual inglés del siglo XVII, citado por Arie (1987), aseguraba sobre la conducta sexual en el matrimonio: “Igualmente escandaloso es el excesivo amor por la propia esposa. Un hombre prudente ha de saber amar a su esposa con ponderación y no con pasión y, en consecuencia, ha de saber controlar sus deseos y no dejarse arrastrar a la copulación. Nada es más inmundo que amar a la esposa como a la amante”. Aparentemente fueron las capas populares que, con poco que ganar en matrimonios por conveniencia, se entregaron a una vida en pareja fundada sobre el sentimiento. Se requerirían, sin embargo, por lo menos dos siglos y profundas revoluciones sociales para que el placer se incorporara al matrimonio. Hasta entonces, la mujer con la que un individuo se casaba solía ser su virtuosa amada, mientras el placer y la pasión se reservaban a la querida y la amante.

Sociologizar el amor sirve también para entender que la vida amorosa se teje de sentimientos y sublimaciones, así como de economía, luchas políticas y otros asuntos más prosaicos. Como todas las cosas de este mundo, no hay nada del amor que no se haga de materiales dispersos, de objetos e instituciones, de azares y estrategias. Para Giddens (1998) esta historia amorosa está marcada por el paso del amor romántico -que experimentó su mayor esplendor entre el siglo XVIII y mediados del siglo XX- a lo que este autor denomina “amor confluyente”. Supone esta revolución la transición entre un mundo marcado por la férrea división sexual del trabajo a un mundo en el que la distribución de tareas según el género se hace flexible, difusa y conflictiva. El amor romántico, al que alude Giddens, se caracteriza por la dependencia económica y social de las mujeres (a quienes se negaba la posibilidad de depender de sí mismas) y la dependencia afectiva y doméstica de los hombres (quienes no eran

adiestrados para el cuidado de sí o el cuidado de otros). La pareja que se unía en el vínculo matrimonial se necesitaba no sólo desde el apego más afectivo sino desde una brutal dependencia: la sociedad no estaba hecha para que hombres y mujeres sobrevivieran sin el otro. Sobre esta garantía se erigieron matrimonios para “toda la vida”, relaciones no perecederas, amores de largo aliento, que citamos en ocasiones con la nostalgia de quien dice que antes se vivía más, se comía mejor, se remendaban las medias, las neveras duraban 20 años. Por supuesto, mucha de la solidez de estos matrimonios descansaba sobre el sacrificio, la violencia, la pobreza de un mundo cuyas posibilidades eran más estrechas, en particular para las mujeres. Al respecto, Hochschild (1990) cita un estudio devastador, que denomina “las viudas”. La investigación se concentra en la experiencia de mujeres ancianas que han enviudado tras matrimonios de décadas. Esperaría una encontrar a viejecitas desechas, deprimidas y en espera de la muerte, pero lo que se encuentra es a un grupo de mujeres renacidas, que aseguran sentirse libres por primera vez en la vida y que tanto lloran al marido como celebran los años que podrán dedicar, por fin, a sí mismas: “ahora puedo abrir las cortinas, él siempre quería que todo estuviera oscuro”, comenta una de ellas.

Estudiando sociológicamente el amor aprende una que no hay nada de natural en este modo de amarnos, que empieza con dolor de estómago y termina con ganas de pactar alianzas, compartir techo y cobijas, bienes y deudas. La sociología del amor nos enseña que la ideología romántica partía del principio de que el amor se debía consumir en el matrimonio. Como en los melodramas televisivos, el amor se nos dibuja como la larga lucha de los amantes por estar juntos y juntos caminar hacia el altar. Esta versión, hasta cierto punto teleológica del amor, operaba sobre la división sexual del trabajo en lo que respecta a las labores de conquista. Los hombres debían actuar como esforzados conquistadores y las mujeres como objetos inalcanzables. No en vano todavía se nos invita, ante la falta de obstáculos mayores, a crear forzosamente la dificultad (“hágase la difícil, mijita”, aconsejaba mi abuela), lo que parece alentar a los varones, muy a costa de la represión sexual y afectiva de las mujeres.

Y a propósito de las mujeres, una sociología del amor resulta útil para comprender las formas soterradas de su dominación. Giddens, por ejemplo, afirma que en la reproducción del amor romántico, jugó un papel significativo cierta literatura, “orientada a mantener a las mujeres en su sitio” (Giddens, 1998) y a instalar una ideología amorosa que sobrevive hasta nuestros días. Así, la literatura para mujeres determinaba el amor como un tema típicamente doméstico, privado y femenino y se esperaba que ellas tuvieran una mayor inclinación a la ensoñación y al cotilleo romántico. No es extraño entonces que sean las mujeres las principales responsables de los cambios sucedidos en la relación amorosa contemporánea.

La sociología, en sus desarrollos más recientes, coincide en señalar que algo ha cambiado en el amor. Eso que cambia puede entenderse para Giddens (1998) como la emergencia del amor confluyente, que irrumpe en la historia de Occidente hacia mediados del siglo XX, y aparece como consecuencia de diversos fenómenos, tales como la penetración de las mujeres en el mundo del trabajo, la disminución del número de hijos, la revolución sexual y la conquista de condiciones de equidad en las relaciones de género en el ámbito de lo público. Se transforman así las bases materiales de la relación amorosa romántica y los individuos que conforman la pareja se ven abocados a establecer vínculos en condiciones de mayor igualdad. Es en virtud de este fenómeno, nunca visto en la historia, que Beck y Beck (1998) reconocen al amor confluyente como escenario de turbulenta conflictividad: donde estaba la estable división sexual del trabajo, la normatividad social, los constreñimientos sexuales y la naturalización del matrimonio de largo aliento, aparece la incertidumbre, la voluntad de permanecer juntos y, en algunos casos, la demanda permanente de satisfacción en la relación matrimonial.

Al respecto, Simonet (2003) sostiene que la historia moderna del amor puede comprenderse a través de tres actos. Un primer acto en que el matrimonio excluía al placer y al amor (esto es, en contextos de matrimonios no voluntarios), un segundo acto en que el amor y el matrimonio empiezan a integrarse –aunque el placer les resulte todavía ajeno– y un último acto, del todo contemporáneo, en que se demanda la conjugación de amor, matrimonio y placer y en el que se permite el placer sin amor y el amor y

La convivencia amorosa es más conflictiva entre menos tradicionales seamos.

placer sin matrimonio. Matrimonio con placer y amor, amor y placer sin matrimonio, estos elementos, antes escindidos, empiezan a encontrarse en una combinación que altera y desordena las trayectorias amorosas. Ello explica en parte nuestra historia personal, densamente atravesada por encuentros y fracturas amorosas, connatos de relación que nunca se realizaron, realizaciones que no se convirtieron en amor. De manera elegante podríamos decir que lo que ocurre es una ampliación del repertorio de formas que adquiere la relación en el amor confluyente. De manera vulgar podríamos señalar que la vida amorosa está hoy plagada de amigovias, rumbeos, tinieblas, amantes, novias, coqueteos sin concretar (arrocitos en bajo), matrimonios rotos, encuentros eróticos sin peligro de romance.

Pero la sociología del amor nos enseña también que esta ampliación, que expresa una cierta libertad para elegir la vida amorosa, implica, al mismo tiempo, una frustración potencial, latente, que no hemos logrado despachar. Porque si para algo sirve estudiar sociológicamente el amor es para revelar sus contradicciones, sus grises, sus texturas. Y ésta es, probablemente, una de sus más hondas. Me explico: Beck y Beck (2000) señalan que, al tiempo que se producen transformaciones objetivas en el campo amoroso, se presenta también una persistencia ideológica del amor romántico, anclado a la pareja monogámica y sus pretensiones de eternidad. Así, se asiste a un potencial universo de posibilidades pero también a la obligación y el deseo de decidirse, de sentar cabeza, de elegir a un compañero o compañera permanente. Ante este panorama, el matrimonio se convierte en una decisión que restringe las posibilidades abiertas de experimentación. De ahí, probablemente, la idea de que antes de casarse hay que vivir muchas cosas, como si el matrimonio implicara inmovilidad, un estado en el que se deja de vivir. Ésta es, notemos, la misma sensación que experimentan aquellas personas obligadas a decidir en un mundo abundante: carencia será entonces lo que sentirá el que compra

un único par de zapatos en una tienda atestada de cientos, la que decide un único canal televisivo ante una oferta de 900 canales y el que se casa, “para siempre”, y dice adiós a un universo de relaciones potenciales. El dilema de tener que decidirse en un mundo abierto (Gómez y González), se resuelve en ocasiones a través de la experimentación y la ilusión de vivirlo, similar a la opción que toman los que hacen zapping: “Yo he tenido muchas relaciones, pero sólo me he enamorado dos veces. Más joven tenía hasta dos novios al tiempo y un amigo mío con el que teníamos un cuento a escondidas, nadie sabía (...) hasta que apareció Juancho y nos fuimos encarretando y ya las ganas de loquear se fueron yendo, hasta que yo “volteé a ver” y no había nadie, éramos él y yo”, nos informa Renata, una profesora a la que entrevistamos para un proyecto reciente.

La sociología del amor nos enseña otras cosas. Nos enseña, por ejemplo, que la convivencia amorosa es más conflictiva entre menos tradicionales seamos. Así, en parejas dominadas por ideologías tradicionales, se observa un fuerte peso de las formas heredadas del amor y de los roles estatutarios de género. En estos casos la experiencia amorosa se resuelve a través de la naturalización de la vida en pareja y las tensiones se ven limitadas por un “deber ser” que regula y anula los conflictos. En cambio, en parejas más igualitarias, sin la naturalizada subordinación femenina ni la irrefutable dominación masculina, la relación amorosa pierde todo referente con el pasado. Una mirada hacia atrás no basta a los amantes para aprender cómo vivir el amor y los consejos fundados en la experiencia pierden relevancia. En el amor, abocados al presente, la sociedad se ha hecho joven y provisoria. Ingratitud, denomina Finkelkraut (2001) a estos hombres y mujeres que “han dejado de pensarse como herederos”.

Ingratos, acudiremos entonces a la reflexividad, la experimentación, la proliferación de literatura de superación personal, terapias de pareja, cursos y encuentros pre y matrimoniales y otras estrategias que el mercado dispone para la atención de la vida amorosa. La sociología del amor nos enseña entonces que, ante la crisis de la herencia, los individuos nos vemos obligados a reinventar las reglas de la relación amorosa, en medio de un caos que Beck y Beck consideran normal. De esta forma, el amor contemporáneo, cuando se presenta en condiciones de mayor equidad, se parece

mucho a una zona de incertidumbre: un espacio de la vida social en el que las normas externas y tradicionales han sido corroídas y los individuos se entregan a una negociación de poderes y reflexividad, que no siempre se parece a lo que reconocemos como amor.

En este sentido, la sociología del amor puede explicarnos, como bien decía al comienzo, por qué nos separamos, por qué nos agobia el tedio en las relaciones largas, por qué la monogamia nos hace sentir atrapadas, por qué la soltería gozosa no nos deja plenamente satisfechos. Por qué deseamos andar emparejadas cuando estamos solteras, por qué queremos estar solteros cuando estamos emparejados. Podría mencionar en este punto, mucho más. Podría decirles que la sociología amorosa nos sirve para entender porqué hay sociedades en las que nadie se enamora locamente o en las que la infidelidad, el pecado máximo, no es ni dolorosa, ni condenable. Podríamos hablar también del deseo que depositamos en el otro, del amor como proyección de la propia fantasía. Podría decirles que la sociología sirve para entender el origen del amor humano, la manera en que este artefacto afectivo ha sido inventado, el modo en que se ha instalado en nuestras cabezas y alimentado nuestros corazones. Podría citar datos, estadísticas, cuadros comparativos. Decirles porqué es posible pensar el amor como un espacio político y contarles cómo hemos erotizado el patriarcado y patriarcalizado, si es que existe algo como esto, la sexualidad. Podría decir todo esto pero prefiero permitirme, ya para el final, una nota cursi: prefiero terminar describiendo aquello que no siempre podemos explicar. La forma en que el amor logra cristalizarse en un tipo de vínculo potente, solidario, un mecanismo mediante el cual convertimos al otro, a la otra, en la familia elegida, en el pedazo de mundo que arrancamos a las probabilidades. No es pues ésta una conclusión sociológica, pero sí remite a la conclusión de un sociólogo. A su final. Me refiero a André Gorz, sociólogo francés de 85 años, que fue encontrado muerto el 22 de septiembre del 2007, junto a su esposa, Dorine, de 82. Un año antes había publicado “Cartas a D”, un libro epistolar, escrito para, en sus palabras, “reconstruir la historia de nuestro amor para captar todo su sentido. Gracias a ella, somos lo que somos, uno por el otro y uno para el otro”. En esta obra, Gorz dedica a Dorine palabras febriles que no estamos

acostumbrados a escuchar en personas mayores: “Eras el complemento de la irrealización de lo real, incluido yo mismo, algo en lo que me empleaba desde siete u ocho años atrás mediante la actividad de escribir. Para mí eras la portadora de la puesta entre paréntesis del mundo amenazante donde yo era un refugiado de ilegítima existencia, cuyo porvenir nunca se prolongaba más allá de tres meses”. La pareja fue hallada muerta por un amigo, que se acercó a visitarlos y encontró un letrado alarmante en la puerta de su casa: “avisen a la policía”. Gorz y Dorine, aquejados por una enfermedad terminal, habían decidido poner fin a su vida. Poco antes Gorz le había escrito a su esposa: “Acabas de cumplir ochenta y dos años. Sigues siendo bella, graciosa y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te quiero más que nunca. Recientemente me he vuelto a enamorar de ti otra vez y llevo dentro un vacío desbordante que no logra colmar más que tu cuerpo apretado contra el mío”.

Este sociólogo, que intentó explicar el mundo del trabajo contemporáneo, y que dedicó una vida entera a la idea de que el capitalismo era superable, anticipó su suicidio sin otro argumento que el del amor, ese irracional: “Nos gustaría no sobrevivir a la muerte del otro. Nos hemos dicho a menudo que, si tuviésemos una segunda vida, nos gustaría vivirla juntos”. Y esto es algo que la sociología no puede explicar. O que puede explicar sólo parcialmente. Mal explicado. Porque explicándolo lo deshonra.



Arie, Phillippe (1987), “El matrimonio indisoluble” en Sexualidades Occidentales, Editorial Paidós, México

ELLAS, Norbert. (1998) “Introducción” en El proceso de Civilización. México, Fondo de Cultura Económica. P. 10-46.

Giddens, Anthony (1998). La transformación de la intimidad, sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas/ 2. ed. – España, Ediciones Cátedra.

Hochschild, Arlie Russell (1990a). «Themes and Variations in the Sociology of Emotions». En KE M PE R, TH. D. (ed.). *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Nueva York: State University

SIMONET, Dominique (2003). La Más Bella Historia de Amor. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.